

UN ALEMAN EN CATUCHE

Hace algunos años estoy trabajando pastoralmente en Catuche, un barrio en La Pastora. Hace tiempo me pidieron que bajo el título "un alemán en Catuche" escribiera algo sobre mis experiencias. Puse reparos por varias razones: primero, porque no vivo en el barrio. Mis percepciones respecto a la cultura del barrio son sobre todo impresiones de fin de semana, que pueden ser bastante diferentes de las impresiones de la vida diaria, de lunes a viernes. Además, tengo poco tiempo para acumular experiencias, para observar procesos que se extienden sobre mucho más tiempo. Otra restricción es que soy «el Padre». Y eso determina en una buena medida las actitudes de la gente frente a mí, cómo me hablan, cómo se relacionan conmigo. Describo mis impresiones al trasfondo de la cultura alemana, sin pensar que los alemanes son el patrón de la medida. Describo las cosas que me llaman mucho la atención, que chocan con mi formación cultural: cómo vive la gente, cómo se relaciona, sus espontaneidades de conducta, actitudes y símbolos. Quiero hacerlo sin valorarlas. El lector, que está familiarizado con los tópicos siguientes, dirá: "No es ninguna cosa del otro mundo". Para mí sí. Porque soy "un alemán en Catuche". Y probablemente las impresiones dicen tanto sobre la cultura alemana como sobre la cultura del barrio Catuche.

LO FISICO

Mi primera impresión fue que lo físico no existe. Para mí fue una sorpresa cuando tenía más o menos una visión de la ciudad y visité a Alberto Carnevali, Santa Isabel y Catuche, todos barrios de La Pastora, y después los busqué en el mapa de Caracas: no existen en el mapa. Los sitios donde viven una gran parte de los venezolanos no existen. Quizás es un detalle, pero a mí no me gustaría que el sitio donde vivo no merezca la pena de incluirlo en un mapa.

Lo que me llama mucho la atención es cómo la gente trata su ambiente del barrio, la cercanía de sus casas. Algunas experiencias: Después de una misa por un malandro difunto, la señora se quejó de todos los vecinos que botan la basura en la quebrada (el motivo concreto fue que uno de los carajitos se cayó en este arroyo de materias fecales). Recogió todos los vasos de plástico del cacao sabroso —yo pensaba que para fregarlos— pero los lanzó a la quebrada. Uno es capaz de levantar un farol frente a su casa, pintarlo y por arriba poner una virgen (otros dirían que un poco cursi o por lo menos extravagante). El próximo que viene arroja los restos de su hamburguesa al lado. Los chamos lanzan todos los papeles de sus inmensas raciones diarias de chicles al suelo y la mamá al lado no dice nada. Otro país, otra cultura. Si botas en Singapur un chicle o una colilla al suelo, pagas 50 dólares. En Venezuela los mejores sitios para los recogedores de las latas vacías de aluminio son las autopistas. La contaminación del propio medio ambiente, en lo pequeño y en lo cercano, pero también en lo grande, siempre me salta a la vista. Pero rara vez escucho a la gente quejándose. Puede ser que está acostumbrada, o no se ve cómo cambiarlo. Pero las consecuencias para la salud y para el bienestar son palpables.

¿Cómo entender eso? Un paradigma explicativo para mí es el Metro. El Metro en Alemania, en Francfort y Berlín, y también en otros países de Europa y en los Estados Unidos, es el sitio más sucio y menos cuidado por los usuarios de la

ciudad. En las paredes se encuentran los peores grafiti. Aquí es al revés. El Metro es el más limpio y el más respetado de los sitios públicos de la ciudad, y el comportamiento abajo es bastante diferente al de arriba. En Europa el Metro se percibe como un sitio muy inhumano, bajo la tierra, luz de neón, todo de hormigón, todo funcional, que suscita agresiones, acciones destructivas impresionantes. Aquí parece que la gente está orgullosa de esta obra. El Metro funciona. Otros latinoamericanos no lo tienen. Si antes uno tenía que pasar por la ciudad dos veces cada día con buseta, sabe lo que tiene con el Metro. Es algo suyo y lo cuida.

Con el barrio es diferente. Existe una cierta agresión contra su propio ambiente de vida. El barrio es como el símbolo palpable de una «esperanza frustrada», de la sobrevivencia desalentada. Por otro lado nadie dice eso. He preguntado muchas veces. No perciben el barrio como un estado de transición hasta que pueda mudarse a unas de las urbanizaciones. Nadie lo cree. Pero una cosa es lo que uno sabe racionalmente, y otra cosa es lo que desea. El barrio es su sitio de vivir. Pero con muchas contradicciones, y a veces falta tan poco para acomodarse un poco mejor.

En esta línea cabe también la casa de la comunidad de la Quinta, en Catuche. Creo que la gente, sobre todo las mujeres, la perciben como algo suyo. Y la cuidan. La casa les brinda posibilidades para sus necesidades; por ejemplo para mejorar la educación de los chamos, para hacer una fiesta, para celebrar una misa o para participar en un curso. Y otros sectores no lo tienen. Y a pesar de que cada día pasan 50 chamos por esta casa, está bien cuidada; si uno lo compara con la planta física de las escuelas, ni hablar.

Otra cosa muy diferente son las casas. Es muy llamativo que no pase ninguna semana sin que una familia esté construyendo, acomodando, pintando la fachada, levantando un nuevo piso, mejorando adentro o afuera. El barrio es una obra en construcción permanente. Se nota que la

Klaus Vähröder

gente no espera mudarse pronto para otro sitio. Aquí se está gastando mucha energía e invirtiendo mucha plata de los recursos económicos escasos. La relación inversión en casa/ingreso debe ser muy alta en los barrios. Por consecuencia, la mayoría de las casas están bien cuidadas. Pero también hay casas que son realmente un desastre. Y eso no depende sólo del ingreso. La jerarquía de los valores —los economistas dirían: las funciones de utilidad del consumo— son bien diferentes. Hay casas con equipo de sonido de primera y un televisor de Sony, pero casi ningún sitio para sentarse o hacer las tareas.

Durante la parranda navideña, a uno le toca visitar muchas casas. He visto muchos pesebres. El pesebre es un símbolo fuerte, muy expresivo de la gente. En general, la gente tiene mucho cariño a eso e invierte energía y plata en el pesebre. Algunas son realmente bellezas y obras de arte. Una familia tenía toda la habitación llena con el pesebre; los detalles eran impresionantes (agua, luz, música, ...). Pregunté: «¿Mucho tiempo para levantarlo?» La señora dijo: “Esto hace mi hijo cada año. Comienza en octubre”. También los cuadros que la gente coloca en las paredes dicen mucho. Siempre me salta a la vista que en las paredes hay diplomas de toda índole, comenzando con los diplomas del kínder, del bachillerato, del servio militar, etc. Sobre todo condecoraciones de los hijos. Quizás esto expresa algo sobre la autoestima de la gente, la cual se realiza mucho en los logros de los chicos. Se tiene que ponerlo de manifiesto. En las familias alemanas nadie pone diplomas en la pared. Y no lo hacen por humildad o falta de autoestima.

LAS RELACIONES

Primero, las relaciones forzosas. Me asombro cómo la gente vive dentro de su casa. Nietos y abuelos, hijos y padres, hermanos y sobrinos, diferentes familias y panas comparten estrechos espacios, donde hay poca o ninguna intimidad de la familia o de la persona. Dentro de la casa raras veces existen sitios para reti-



rarse, para fugarse, que a veces es tan necesario, por ejemplo cuando el papá regresa con mal humor. Es un verdadero milagro cómo la gente se arregla, cómo se tiene la consideración con los demás, el alto nivel de tolerancia de los caprichos de los otros, el respeto.

También el espacio dentro del barrio es muy reducido. Si tienes un conflicto con alguien, no puedes evitar encontrarte con la persona varias veces al día. También puede ser fastidioso. El nivel de la información de la gente es impresionante. Siempre están informados quién está embarazada (antes de que se note visualmente), quién está enfermo, quién está en el hospital, quién tiene problemas. Hay una solidaridad impresionante en los malos momentos de la vida. Si uno está en el hospital, la visita siempre va. Los rezos para los difuntos, no hay problemas. Sobre todo las mujeres están al tanto de muchas cosas, por ejemplo de los boletines médicos. Existen muchas ocasiones de conversar. Las puertas no son tan cerradas. Para algunas viejitas la única ocupación es mirar por las ventanas a ver qué pasa y con quién se puede inter-

cambiar algunas palabras. En mi barrio en Francfort también hay muchos viejos que miran por las ventanas, pero solamente para ver si se puede atrapar un carro mal estacionado y denunciarlo a la policía.

Tengo la impresión de que las relaciones de la gente están poco influidas por el estado social. También en los barrios hay clase alta, media y baja. La distribución del ingreso en conceptos relativos es muy desigual. Relativo, porque según las instituciones calificadoras la gran mayoría pertenece al estrato pobre de la sociedad. Pero dentro de la pobreza hay muy pobres y menos pobres, pobres muy lejanos de la línea de pobreza, y pobres un poco más cerca de esta línea, pero tampoco con la esperanza de saltarla. Pero en las relaciones —sobre todo en las comunidades cristianas— no hay ningún tipo de discriminación. No hay resentimientos. Digamos, a esta casa no vamos porque ni siquiera hay sitio para sentarse. Se llevan las sillas. Viene todo el mundo. Tampoco hay discriminación cuando hay mandros en la familia. Se sabe que la señora es buena persona. Participa en la comunidad cristiana. Y se intenta acompañarla, consolarla.

En los diferentes barrios la manera de organizarse es bastante diferente. En Alberto Carnevali no había ningún tipo de organización ni formal, ni informal. En Catuche las organizaciones que funcionan son las comunidades cristianas, la catequesis, los grupos relacionados con Fe y Alegría y el Consorcio. La mayoría, fundada y acompañada por religiosas y religiosos. Tengo la impresión de que en general a la mayoría de la gente le cuesta tener un compromiso más serio. Los ciclos de participación a veces son cortos. Una gran mayoría de los hombres se puede olvidar a priori. Son las mujeres las que se comprometen realmente. Pero una prueba de que sí pueden organizarse son las bandas de los mandros. Ahí existen unas reglas claras, un código moral, unos fines bien definidos, una clara pertenencia, compromiso, jerarquía y acciones.

La gente del barrio tiene una alta ca-

pacidad de reacción y de organización en casos de emergencias. Un día se rompió un tubo. Rápidamente la gente se organizó, compró el tubo y los hombres lo repararon. La escalera que baja al barrio es de hierro y está en un estado de destrucción acelerada. Cada vez, cuando bajo la escalera, me doy cuenta y doy las gracias a Dios porque arreglaron otro escalón. Una vez le dispararon a un joven en mi presencia. La reacción espontánea organizada fue realmente digna de admiración. Otras personas se hubiesen desmayado. Sacamos al joven del techo donde cayó, algunas medidas de emergencia, de repente tenían una Pick-Up para trasladarlo al hospital. Por urgencia la gente se organiza bastante eficientemente.

LA DIVERSION

La diversión o el descanso parece ser la televisión. O, mejor dicho, no es diversión explícita, porque no se percibe como tal. Es más como una nevera, que una vez encendida marcha, excepto cuando la luz está fallando. Y cuando nadie está viendo, el aparato no se apaga. A veces creo que no se sabe apagarlo. Cuando comenzamos con la reunión de la Comunidad Cristiana en una casa, siempre se tiene que preguntar si no se podría apagar esta máquina. La gente lo hace. Pero creo que no se entiende por qué es mejor hablar sin televisión. Se hace porque lo dice el Padre. La diversión de los fines de semana para los hombres es jugar, tomar y apostar. El dominó y los caballos son cosas de los machos. Por ahora, en el metro y en las busetas no he visto ni una mujer leyendo la gaceta hípica. La paciencia y regularidad en eso es impresionante, pase lo que pase. Si ocurre un tiroteo, por un instante los hombres desocupan sus sitios acostumbrados para regresar inmediatamente cuando no hay que temer.

Para la familia, una diversión es sólo salirse del barrio. Ese "romper lo cotidiano" es muy importante para la gente. Pero no es descanso en absoluto. Cuesta salir del barrio. Cuesta en el sentido financiero, pero también por la inercia humana inteligible. Si no se tiene carro o el com-

padre tiene uno, ir a la playa es una odisea. Comienza con subir las escaleras para llegar donde hay buseta (el equivalente a 27 pisos es el promedio en Caracas; en Catuche son menos pisos, pero todavía suficientes). Esta primera prueba eliminatória hace que los viejos se queden en el camino, o mejor dicho en la casa. Después, Gato Negro - cola - cuatro chamos, la comida y los útiles para la playa - adentro y afuera - por fin Litoral. Tremendo viaje, cuyos costos de movilización no son nada despreciables y muchas veces una restricción que imposibilita el evento. Lo mismo también vale si se quiere ir a un parque o al cine, lo cual siempre está vinculado con gastar plata y con muchas molestias. Y no me sorprende que haya chamos en La Vega que no saben que existe el Metro en Caracas.

Otra diversión es simplemente pasar mucho tiempo juntos. Es rara la vez en que entro a una casa, y que la señora esté sola. Hay gente que está de visita, parientes, amigos o vecinos. Pero el trabajo no se interrumpe. La visita se sienta o ayuda y se sigue conversando. La fiestas de fin de semana son el clímax de la diversión de pasar tiempo en común. A mayor volumen de los altavoces mayor el relajamiento. Lo insólito no es que a veces haya líos y hasta muertos, por lo que uno se siente molesto, sino que no haya muchos más conflictos. Si una familia tiene fiesta, por lo menos veinte familias más tienen fiesta. Se aguanta, por tolerancia, pero probablemente también por miedo de meterse. En Alemania se puede celebrar una vez al mes hasta la diez de la noche. A las 10 y cinco un amable agente de policía, alertado por un vecino, toca la puerta para invitarnos a tener la amabilidad de bajar un poquito el volumen.

LAS MUJERES

Cuando entro en una casa, raras veces la señora de la casa no está trabajando, cocinando, lavando, atendiendo a los niños. Raras veces veo un hombre haciendo los quehaceres domésticos. Y no se trata de que los hombres son los produc-

tores, trabajan durante la semana, y las mujeres son las reproductoras. Casi todas las mujeres tienen un puesto de trabajo, mantienen la familia o aportan una parte significativa de los ingresos y aprovechan el fin de la semana para el trabajo intenso en la casa. Todo el trabajo de la casa está a cargo de la mujer y de las muchachas mayores. Además, son las mujeres las que se encargan de los compromisos de la comunidad. Si hay una fiesta en la casa de la comunidad, no hay problemas con la preparación y la realización. Ellas se encargan, y cumplen fielmente. Se quedan hasta que la casa esté limpia. Mientras que con los hombres es otra cosa. En el fin la semana los hombres tienen otro ritmo de trabajo. Cuando había obras en la casa de la comunidad, ellos ayudaban, pero a su manera. Llegaban tarde, se iban antes de terminar, interrumpían para tomar una cerveza y no regresaban. Con las mujeres es otra cosa. Ellas son mucho más responsables. La casa de la comunidad la perciben como un medio muy útil para el barrio y para sus chamos. Ellas la valoran. Si toman la responsabilidad, la asumen. A veces es impresionante lo que cargan las mujeres. Una señora de la comunidad cristiana, animadora, vive sola, como muchas, trabaja todo el día, tiene dos chamos con muchas facultades, está pendiente de que éstos hagan sus tareas, y en su tiempo libre van a un grupo juvenil cristiano y participan en un equipo de base-ball. Además, está construyendo otro piso de su casa. Quizás el papel de la mujeres en el barrio reafirma el machismo, una manera de hacer a los hombres inútiles. A diferencia de las familias alemanas, son ellas el centro de la familia, las que asumen la responsabilidad de la familia. Y lo hacen con toda entrega. Quiero terminar con unas palabras de un famoso barriólogo de este Centro que resumió sus conocimientos sobre este asunto así: "En el barrio caen los esquemas." Lo dijo en palabras un poco más comunes: "El barrio es otra vaina." □

Klaus Vähröder es miembro del Centro Gumilla.